

LA PETITE MORT O EL PLACER PERDIDO

Luis Enrique Castro Vilches*

Artículo recibido: 19-09-2016

Aprobado: 11-01-2017

Aunque pareciera necedad, el cineasta defendería por siempre su proyecto cinematográfico. Sabía que unos cuantos amigos aplaudían su causa, pero la mayoría lo consideraban algo innecesario, irrealizable o pretensioso. Vil pornografía. ¿Qué valor podría tener algo así? Pese a todo, casi nadie podía resistirse a su encanto. El Fauno, como solían llamarlo, era un maestro al seducir con su labia. Por eso, aunque a veces hartaba a la gente con sus explicaciones acerca del porno artístico, y la necesidad de un porno ético, y el porno como estética de la transgresión, siempre habría algún espíritu incauto que, en medio de la borrachera, o embriagado por el entusiasmo y la curiosidad, pedía o aceptaba volverse parte de ese tal «proyecto liberador».

Una cosa, sin embargo, es hablar de planes y otra que llegue el cineasta a la puerta de tu casa para firmar el contrato para participar en *La Petit Mort*. Entonces el asunto ya no parecía otro divague de cantina. Damián iba en serio con todo ese asunto y verlo allí, en la fecha hipotéticamente acordada, a bordo de su reluciente Honda rojo, sólo confirmaba lo inminente. Ya no habría marcha atrás.

*Cursó el Máster en Creación Literaria de la Universitat Pompeu Fabra; ha escrito para medios digitales y ha participado en proyectos audiovisuales y de investigación.
elecastrov@gmail.com

En el camino, el olor a Lacoste que impregnaba el interior del coche quedaba asfixiado con el humo de los cigarrillos. El hip-hop que emergía de las bocinas vibraba en los oídos y llenaba, con sus vertiginosos versos, los silencios incómodos entre El Fauno y su nueva actriz.

—¿Por qué vas tan serio? No me digas que ya te arrepentiste.

—No. No es eso.

—¿Entonces?

—Creo que sólo estoy nerviosa... ¿cuántas veces dijiste que has hecho esto?
—Unas dos o tres. Las suficientes para saber cómo funciona el cotorreo. Tú relájate.

Gloria no dudaba de su profesionalismo. Sólo quería disimular la verdadera razón tras el sudor en sus manos y el temblor que sacudía su cuerpo y entrecortaba su voz. El Fauno comenzó a reír soltando pequeños aros de humo. Los gatos de sus tatuajes también sonreían desde los brazos. Todo en él era carisma, una actitud contagiosa. Pero esta vez ni eso la tranquilizaba.
—Ya no te preocupes. Llegando al motel te echas una cheve antes de comenzar.

La verdad es que El Fauno no sabía nada. Si bien estaba enterado de lo sucedido con Marco (ese cabrón hijo de puta), aún desconocía el mayor secreto de su amiga. Hacía años que no podía tener orgasmos. Debió decírselo durante la noche de copas en que había aflorado la confianza absoluta entre los dos. Pero, de haberlo confesado, ¿habría aceptado el cineasta realizar la grabación?

Al llegar al *Motel Alighieri*, una bocina con voz de mujer saludó y preguntó al «Señor Morales» qué suite quería hoy.
—*Purgatorio*, querida, ya lo sabes.

Allí se definiría todo.

La habitación no parecía tener nada extraordinario, además de un aromatizante que picaba en la nariz, pero que disimulaba los olores de los anteriores ocupantes.
—¿Qué tiene de especial el «purgatorio»?
—Que huele a flores —respondió El Fauno sin distraerse con su propia broma. El ceño fruncido demostraba su total concentración en lo que hacía. Colocar las luces frente a la cama. La reflex en el trípode. La lente mirando las almohadas.—Aquí nació *La Petit Mort*. Aquí sucederán los orgasmos poéticos de la gran masturbación virtual y colectiva a la que pronto te unirás. *By the way*, el escenario está listo. ¿Y tú? ¿Quieres que te pida la cheve?
—Gracias, *dude*, pero mejor comencemos de una vez.

Damián se aseguró de que la toma fuera perfecta. Tal como lo había explicado, en la pantalla no se vería más que la cara de la actriz sobre la cama, el cabello negro y corto, esa melancolía innata en sus ojos marrón y acaso una o dos de las tres golondrinas tatuadas en el pecho, cerca del hombro izquierdo. Nada de su sexualidad explícita. No haría falta mirar abajo para entender lo que ocurriría en la superficie. Serían los gestos en el rostro los que expresarían el momento de placer absoluto que la llevaría, en un instante y por un instante, a cruzar las puertas del paraíso. ¿Estás lista?

El cineasta comenzó a grabar. Su presencia se desvaneció tras la cámara. Su voz se transformó en el recuerdo de una voz; el silencio de quien sólo observa una trama que ya no le pertenece. Había dejado a Gloria libre para hacer y deshacer la historia entre sus manos. No hacían falta más explicaciones. Debía entregarse a la masturbación sin más preámbulos ni artificios narrativos. Parecía una instrucción sencilla, pero las dificultades de la práctica casi siempre superan todo planteamiento teórico. ¿Cómo haría para mostrar su más honda intimidad si se la habían arrebatado hacía tanto tiempo? La culpa era de Marco. El traicionero de Marco.

—Pues qué te hizo el wey —había preguntado El Fauno cuando ya no parecían quedar secretos escondidos. En el bar se había anunciado que cerrarían dentro de poco.

—Él fue mi primer novio. Éramos una pareja de adolescente apasionados e imprudentes. Cualquier momento y cualquier lugar eran buenos para coger o para hablar acerca de coger. Aquellos fueron días grandiosos, nada parecía más excitante que nuestra desenfadada vida sexual. Por eso acepté hacer el vídeo. A decir verdad, no tuvo que convencerme, yo siempre había tenido la secreta fantasía de grabarnos haciéndolo y él lo sabía, aunque nunca dijo nada. Su silencio debió haberlo delatado. Por eso, el día que escondió la cámara por primera vez, yo no le reproché nada y actué con naturalidad. Grave error. Sin que yo lo supiera, ese vídeo me lanzó al estrellato anónimo del porno *voyeur*. «No lo subas a Internet», fue lo único que le dije cuando terminamos y él sólo me respondió con su risa. La suya era una forma cruel de guardar silencio. Mi fama llevaba meses propagándose y yo, sin saberlo, era toda una celebridad. El público clamaba por más de mis proezas en la cama y él, tan generoso él, no les entregó una película ni una trilogía. Lo mío fue una serie entera de transmisión gratuita por YouPorn. Marco no dejó nada para nosotros. Expuso mi lado tímido, mi lado tierno, mi lado salvaje; todas mis facetas. Ya nada me pertenecía. En ese entonces no se me ocurrió que pude o debí haberlo denunciado. Moría de vergüenza. Cuando me enteré, yo sólo pensaba en matarlo. Patearle los huevos, cuando menos. Quería venganza y aún la quiero. Pero lo único que hice fue mandarlo a la verga.

—Le fue bien al hijo de la chingada —dijo El Fauno y se quedó viendo sus ideas naufragar en el chorrito de cerveza que aún quedaba dentro del vaso. Parecía haberse quedado sin palabras. —¿Estás segura de que quieres hacer el vídeo?

—Sí.

Sabía que aquello sería distinto. No lo hacía tanto por creer en el sustento teórico de Damián, sino por lo que el vídeo implicaba. Gloria creía que a través de *La Petit Mort*, podría volver a sentir placer auténtico. Seguro a Marco le dolería verla así. Pero estar frente a la cámara de un cineasta, sin ser actriz, o intentando dejar de serlo, intimidaba más de lo que había esperado.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

En la habitación no se escuchaba más que la respiración del Fauno. En los muros retumbaba la música ranchera que los amantes de la habitación contigua habían puesto para disimular sus gemidos entre alaridos de trompetas. Parecían una peli de Playboy.

—¿Todo bien? —dijo el cineasta, sin detener la grabación, al ver la expresión indecisa de Gloria—. ¿Quieres que paremos?

—No. Disculpa. Los vecinos me distrajeron.

Damián sabía que eso era falso.

—Tómate tu tiempo. No necesitas pensar para esto. Sólo actúa. Entrégate a la escena. Ésta es tu historia. Puedes comenzar cuando quieras. La cama es tuya.

Gloria cerró los ojos. Verse en el reflejo de la lente la hacía recordarse en los vídeos que Marco. Pero esto es lo que habías querido, se dijo. Es la hora de tu venganza. Deja que el deseo fluya a través de tus manos. Hagamos arte con estos dedos. Concéntrate. Esta fue tu decisión. Nadie la tomó por ti. Esto ya no es ni la obra Damián. El cineasta sólo es un medio para que te vean como quieres que te vean. Conocerán tu verdadero rostro en la actuación. Y a Marco sí que le dolerá ver que aún te queda libertad. Sufre, pobre idiota. Ya no te queda nada. Nada. Sin Gloria no eres nadie. Por eso no la mereces. No mereces ni el vídeo del Fauno. Entérate: esto no es para ti. Tampoco para él y su *Petit Mort*. ¿Quién querría participar en un proyecto pornográfico sin una razón de peso? Yo lo hago porque quiero. Porque puedo y porque me da la gana. Y mira que da resultados. Sí. El placer vuelve. Sí. El placer vuelve, y mira qué potente. ¿Escuchas eso? No hace falta gritar como los vecinos. Yo no soy así de falsa. Ya no. Lo que siento es auténtico. ¿Pero qué es esto que siento? Es algo que sólo yo puedo sentir. Algo... algo indescifrable... Pero, ¡ah!, ¿qué es esto que siento?... Esto que siento es todo lo que tengo. Tú sólo ves la superficie. Tú sólo ves mi imagen, pero lo importante es lo que ocurre aquí dentro. Sí. Lo importante es lo que ocurre, sí, aquí dentro. Aquí dentro, sí. Aquí dentro...

La cámara captó hasta el último temblor de sus labios. Sus párpados se aflojaron. Su entrecejo se fue desanudando. El rostro quedó envuelto en una placidez como de recién nacido. Y todavía no acababan los espasmos, cuando Gloria comenzó a reír. Había sido espléndido. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que sintió algo así? En realidad, nunca había experimentado algo parecido. Y ahora que cada aplauso del Fauno la hacía volver a la vida, comenzaba a dudar de volver a vivir un orgasmo tan tremendo. Su placer más auténtico existía solamente en los 04:33 minutos que duraría el vídeo final. Había sido un momento irrepetible. Además de inexplicable.

—Estuviste fantástica —dijo Damián con una sonrisa entre cuyos dientes parecían atorarse un sinfín de elogios—. Ni yo me habría imaginado grabar una escena así.

Gloria rió.

—¿Eso te pone nervioso? —dijo incorporándose entre las sábanas. Tenía la expresión adormilada. Una sonrisa de triunfo.

—¿Nervioso? Yo nunca estoy nervioso —dijo el Fauno entre risillas forzadas.

—¿Entonces? ¿Por qué pones esa cara?

—¿Cuál cara? No sé de qué hablas —dijo Damián y zanjó el asunto diciendo anda, mejor vamos por unas cheves; yo invito. Había visto en la actuación de Gloria más de lo que sus conocimientos le permitían explicar. Se había quedado sin respuestas. El cineasta siempre había fingido tenerlas. Era parte de su profesión. O tal vez sólo era parte de sus encantos. ¿Qué sería de Gloria de no haberse entregado a ellos?

Luis Enrique Castro Vilches (León, Gto. México, 1990), estudió el Máster en Creación Literaria de la Universitat Pompeu Fabra y egresó de la Universidad Iberoamericana León como licenciado en Comunicación. Textos suyos han sido publicados en medios digitales como *Literal Magazine*, *Cultura Colectiva* y *ViceVersa Magazine*. Sus intereses profesionales giran en torno a las narrativas literaria y cinematográfica, las artes y las humanidades. Su blog es nidodebixos.wordpress.com